



IV Sección: Reseñas

Adriano Corrales Arias. San Martín. Leningrado. San José de Costa Rica. Editorial BBB. 2020

Desde el camino del asombro de la juventud, el ímpetu enjaulado de las voces que se cruzan más allá de la nostalgia, el poeta va haciendo su andar.

Leningrado es un poemario del adulto al joven, del joven al adulto.

Tratando de ver lo que no se vio, tratando de contarnos lo que se vio y no se conoció.

Así recorreremos sus sitios iconos, la avenida Nevski, el Palacio de invierno, nos acoge la emoción de la mano del verso sensible en las salas del Hermitage, o en los hermosos parques y monumentos, es el poeta Pushkin el que está en la sombra de cada paso de los versos.

Lo sobrecoge en el estupor de su muerte trágica, pero también le rinde tributo, lo reescribe en el amor enraizado del que encuentra en su ideal, la razón de la vida.

Esa pasión completa por la que se da la vida, la que embargó a Alexander Pushkin, es la pasión que venera Adriano al visitar de nuevo su monumento, la misma pasión que el poeta quiere recobrar, la que tuvo o temió tener, la que no le permitió rendirse, o entregarse.

“Los días te arrojan como dardos contra la pared cubierta de musgo”

Un dardo, un verso, los cuerpos amantes en el umbral del tiempo, pendientes, como ese juego que se alarga en el viaje de volver a ver, los de antes, “la fusilería en las callejuelas, “ en el “domo gris de setiembre”, y el poeta abre sus ojos su balcón desde su hotel del tiempo al pie del Neva, y vuelve a escuchar el eco de las revoluciones, la fusilería, el olor de la sangre, la sangre humana que une en los ríos a los hombres y mujeres que luchan siempre por lo que habita de humano en sus corazones, por eso Esenin, por eso Maikoski, por eso la muerte aflora con su olor a





sangre trasegada, impúdica, la del asesinado, el suicida, el duelista, el que se exilia, el que corre y asalta de nuevo el poder. Y la de Adriano Corrales.

Volver a ver con los ojos de los versos una ciudad donde se amó, o se intentó amar, donde la juventud corrió por sus puentes, soñando a Dostowieski, rezando el desarraigo de carta a carta, un volver con la luna sobre el Río Neva a sus noches blancas.

Así regresa el poeta con “la espeluznante angustia de la ciudad o del poeta, de la vida”

Adriano trata de escuchar su murmullo, “la voz interior en Leningrado, la voz de la juventud, y

...“lanza los dados sobre la verde mesa y cambia el juego/
los escaques del tablero/descolocan la partida/ante la infinidad de puertas con
goznes de hierro que golpean,
se atracan y golpean”

Un largo poema es Leningrado, con la sinceridad del temor incógnito, el miedo primigenio de lo perdido para siempre, el lazo perturbador del amor, la ruptura y el embriague de la piel en su connata del deseo, de los vodkas y ruidos, y la música de una balalaica hecha mujer, en el corazón del recuerdo.

“La ciudad se armoniza
En síncopa cual
Enorme balalaica”

El amor que no fue, el lazo que no unió, la orfandad que no maduró.
Poema de madurez lenta, de aprendizaje y apropiación de sí mismo, viaje a lo profundo de su corazón, a la balalaika del refugio aún misterioso, sin hallarse.

La sed estética que nos contagia, la que viaja y regresa, y así el poeta se vuelve a ver de cara en el espejo del agua del Neva, en solitario, sin ella, que sigue marchándose, que sigue despidiéndose, sin ellos, los de San Petersburgo, los de Leningrado, el poeta no se da cuenta, pero está y estará, como el soplo de Dios, cuando rasgó la piel, en la propia belleza de su humanidad, y “nos abrió la duda y no la pasión”, pero al fin en su soledad, el poeta, de la mano de Pushkin, volverá en su viaje, en el Hotel Inglaterra, “a la propia fe.”



En la habitación 314, no sé si estuvo Anna Aymatova, la Anna de todas las Rusias, la poeta del dolor de su país, la que resistió porque lo personal es político y místico.

Y así nos toca, cuando estuve en ese mismo hotel, con mi hermana Laura, sentimos de golpe en la noche la habitación confundida en espíritus bifurcados tratando de pasar los umbrales hacia nosotras.

Y como el poeta nombra su tiempo, lo que lo habita en los quicios olvidados de las puertas de los otros, el dolor regresa para que lo nombremos, le custodiemos su identidad, en eso reside, pienso, las trampas de la fe que Adriano reclama en los difíciles días del tránsito del siglo XX, para él, para el pueblo ruso, para nosotros.

No serán las 15 exigencias de Kronstadt, seguro que las piedras seguirán hablándole, con su fe, con su pasión, retomando el verso del compromiso del amor, como solo él sabe nombrar con su propia fe y como el poema de Anna Aymatova, quien hizo fila 375 días en la puerta de la cárcel para preguntar por su hijo, en la bella ciudad de Leningrado. “Y que la paloma de la cárcel arrulle lejos” y que los barcos naveguen por el Neva en silencio”.

Para esto es la poesía de Adriano, para dar fe de su destino.

Macarena Barahona Riera
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
macarena.barahona@ucr.ac.cr
<https://orcid.org/0000-0003-1716-2359>

